

**IN MEMORIAM: EXCMO. SR. D. GONZALO FERNÁNDEZ
DE LA MORA**

UNA CLAVE BIEN RAZONADA DE LA FELICIDAD

Palabras del Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás

Participar en esta sesión conmemorativa de la figura y obra de nuestro compañero D. Gonzalo Fernández de la Mora es para mí un honor y un alivio del golpe que significó su repentino fallecimiento. Tres días antes de su muerte habíamos sostenido una larga y enfervorizada conversación, en la que él mostró con mayor énfasis que nunca su preocupación por el bajo nivel ético de la sociedad actual. Se me hace duro pensar que de forma tan súbita —aunque él siempre decía, y por desgracia con razón, que su vida pendía de un hilo...— hayamos perdido una mente preclara, una voluntad férrea en la defensa de sus convicciones, un intelectual sincero que honraba la Academia con su participación incesante y cualificada.

Es difícil escoger un tema para este acto de homenaje, pues su magna obra ofrece mil perfiles a cada cual más sugestivo y valioso. Voy a destacar dos libros especialmente queridos por él: *El crepúsculo de las ideologías*, que lo consagró como un investigador penetrante de filosofía política, y *Sobre la felicidad*, su última obra, escrita con especial empeño por constituir una especie de testamento ético, dirigido especialmente a los jóvenes.

EL DECLINAR DE LAS IDEOLOGÍAS

Rigurosamente entendidas, las ideologías se oponen a la actitud de rigor en el pensar que nuestro compañero siempre propugnó y adoptó en su vida. En sentido estricto, se entiende por «ideología» un sistema de pensamiento esclerosado. En principio, pudo haber respondido al análisis de una vertiente de la realidad, pero, por no haberse adaptado a los cambios, se quedó desfasado y sólo puede ser sostenido por razones políticas de adhesión rígida a un programa partidista. De esta condición más bien negativa de las ideologías se derivan las características que Fernández de la Mora les atribuye:

1. Las ideologías contienen predominantemente directrices de comportamiento y principios de acción ¹.

2. Una ideología es «una filosofía política simplificada y vulgarizada» ², por ser una doctrina carente de la complejidad y finura de análisis que exige la fidelidad a lo real en toda su riqueza. La ideología «nace para uso de los estratos más bajos del género humano» por carecer de la tensión sinóptica que exige el conocimiento de lo real en toda su trama de implicaciones. Las realidades más relevantes son de por sí tan complejas, que, si no son sometidas previamente a un proceso de banalización, no se adaptan a los procedimientos demagógicos. La superficialidad torna opacos los conceptos y los reduce a algo amorfo y manipulable. En mentes propensas a políticas intelectuales de violencia, un concepto banalizado constituye un recurso bélico de drástica eficacia.

3. Al popularizarse, que es lo suyo, las ideologías adquieren el carácter de creencias ³, en cuanto son aceptadas sin plena conciencia racional de su razón de ser. Esta insuficiencia racional es provocada, en las ideologías, por una excesiva pobreza de sentido interno, y en las creencias por excesiva riqueza. En este último caso, la razón, al ser desbordada por algo entitativamente muy poderoso, se plenifica; en el primero, por el contrario, al verse reducida al mundo agostado de la mera subjetividad, se depaupera hasta extremos que comprometen la vida personal de los hombres. No por azar los ideólogos se han visto siempre obligados a operar sobre personas reducidas previamente a la condición ontológicamente precaria de meros individuos.

¹ Cf. *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965, pág. 31.

² *L. cit.*

³ *Op. cit.*, pág. 35.

4. Esta opacidad de las ideologías provocada por su atencencia a lo superficial las sitúa en relación estrecha de dependencia respecto a los fenómenos de masificación. Sólo cuando se advierte el vínculo de las ideologías con la retracción frente a la realidad —de la que brota la flexibilidad de la mente— se puede comprender que las ideas, en la medida en que se masifican y disuelven, pierden autenticidad y se degradan ⁴.

5. Las ideologías responden, en definitiva, a un defecto de precisión, provocado, a su vez, por una voluntad precipitada de autonomía frente a los dictados de lo real, o, si se quiere, por la falta de aquello que según Goethe nadie trae consigo al nacer y es necesario, no obstante, para vivir personalmente: la «reverencia». Para ser precisos en niveles de hondura hay que ser fieles a la flexibilidad indómita de lo real, y esta fidelidad a lo trascendente es obra no sólo del entendimiento, sino también del sentido y la voluntad.

Esto permite comprender que el pensamiento ideológico no sea «honestamente realista» ⁵, ni logre despertar vida personal-comunitaria, sino tan sólo vida individual-colectiva. Al no estar abierta a lo real fluyente y complejo, una idea —aunque al principio sea exacta— pronto se convierte en camisa de fuerza que impide el despliegue normal del pensamiento. Las ideologías son violentas por carecer ellas mismas de la debida libertad.

6. Queda claro que las ideologías se muestran poco realistas. Pero, ¿qué se entiende por realismo? ¿Se opone, acaso, la actitud realista a la participación personal del hombre en sus actos de conocimiento?

Examinado con rigor filosófico, el tema de las ideologías entraña un problema gravísimo, pues si se entiende el conocimiento de lo metasensible —lo no sometible a análisis científico— como no realista y no riguroso en absoluto, se ciega la fuente más amplia del saber humano y se concede una primacía injusta al conocimiento de lo cuantificable. Si se piensa, por otra parte, que, para ser rigurosamente racional, el conocimiento humano debe rechazar toda colaboración del sentimiento —considerada como una forma de intromisión espuria—, se reduce el campo del saber racional al ámbito más superficial de la realidad, con grave quebranto de la salud mental del hombre, ser nacido para vivir en niveles muy hondos.

⁴ *Op. cit.*, pág. 45

⁵ *Op. cit.*, pág. 37.

En definitiva, al enfrentarnos al tema de las ideologías tropezamos con el grave enigma que late en toda la historia de la Filosofía: Qué es el saber. ¿Es el hombre una «caña pensante» o, más bien, un ser complejo hecho para pensar, amar y sentir realidades que conmueven todo su ser, lo sobrecogen y, sobrecogiéndolo, lo plenifican?

La experiencia del último siglo nos advierte que el cultivo de las ideologías arrastra a la Humanidad al caos: a la estridencia intelectual primero, y a la conmoción bélica después. Pero hoy estamos advirtiendo que la crítica de las ideologías, si no guarda el debido equilibrio a base de gran sutileza y precisión, puede correr el riesgo de amputar un ámbito esencial del ser humano: El mundo del espíritu o, dicho más ampliamente: el campo de realidades valiosas en que el espíritu se expande y llega a sazón.

Un análisis fiel de la situación actual nos permite afirmar que el fenómeno —a primera vista desazonante— del declinar de las ideologías constituye para el hombre de hoy una invitación enérgica a la esperanza, por significar un paso muy firme hacia una actitud intelectual de integración en todos los frentes. Tarea integradora que viene inspirada por un *ethos* de fidelidad al ser en sus diversos estratos. Lejos de toda actitud de violenta coacción racionalista, o —lo que viene a ser casi igual— de toda campaña de minimización de la riqueza interna de la realidad, el hombre contemporáneo, bien aleccionado por las duras experiencias del pasado y, sobre todo, por la emoción que le produce el conocer hondamente los diversos seres de su entorno, se apresta hoy día a relegar prejuicios y dar carta de ciudadanía en el quehacer cognoscitivo a todas las facultades humanas, incluso a las consideradas tendenciosamente como «irracionales». El conocimiento filosófico debe ser un conocimiento rigurosamente humano, y esto exige un cierto nivel o voltaje entitativo por parte del ser entero del hombre. Más que incumbencia de una sola facultad, el conocimiento humano es el fruto de una tensión y una distensión de todo el ser. Los conflictos entre las posiciones extremas marcadas por el Voluntarismo, el Intelectualismo y el Sentimentalismo son fruto en buena medida de la superficialidad del pensamiento. Cuando ahondamos en el estudio de una realidad y descubrimos su riqueza, observamos que es esta riqueza la que obliga a las diversas facultades humanas a ponerse en juego y coordinarse entre sí.

El problema de las ideologías nos ha permitido precisar un tanto de cerca estas sutiles y graves cuestiones. Tal vez pocos temas puedan servir de base tan clara como éste para mostrar que estamos efectivamente en marcha hacia una nueva época, una era del pensamiento más esforzada, más colmada de riesgos, pero incomparablemente más lúcida y plena que la «Edad Moderna».